

Era este último aviso y prevención de la criada, pareciéndola que, esperando á más tarde, sería dificultoso meterle en casa sin advertencia de la ya sospechosa doña Elvira; con lo cual, igualmente gozosos los amigos, esperaron la hora; si bien como en don Diego los muy cortos minutos fuesen años prolijos, aun antes de llegar dispusieron su ida, entreteniendo lo restante del tiempo en la iglesia y parroquia de su dama, por caerles muy cerca y aun casi enfrente de sus mismas ventanas, adonde, paseándose por una hermosa nave, anduvieron buen rato confiriendo sus cosas y desmembrando los diversos caminos, por dónde, sin pensar, se hallaba dueño de ella.

Así era la cuenta que se hacía don Diego; y quizá en tiempo que la inocente corderilla vendida por su sangre, ó por mejor decir, destinada á tan detestable sacrificio, por ventura estaría con más fervor y lágrimas pidiendo á Dios remedio. Veíase ya la afligida doncella perseguida de su madre é insistida de su criada y, finalmente, de aquellas que tantas veces fueron su consuelo y tantas el arrimo y apoyo de su perseverancia, y no teniendo ahora á quién volver los ojos, fuerza era que con mayor aliento acudiese á su único amparo, al verdadero Padre de los huérfanos, al consuelo de los afligidos y al siempre vengador de tan graves injurias.

## CAPITULO L

*Horrendo y espantoso suceso en los dos amigos.*

EN fin, volviendo á mi propósito, siendo ya las cinco de la tarde, y poco menos del término aplazado, alegre el tierno amante y su amigo contento, viendo llegar la hora con más nuevo placer, de una vuelta y otra dividían la espaciosa nave, ya haciendo breves pausas en su conversación, y ya volviendo á ella con donaires y motes; cuando en medio de su mayor discurso, casi impensada y repentinamente, parando don García, se quedó embelesado mirando al suelo; cosa que, advirtiéndose con admiración y cuidado por su amigo, viéndole así pasmado, le tiró del brazo, y de tal suerte, que como si despertara de un pesado sueño, así le hizo volver el rostro; y no parando aquí, oyendo que don Diego preguntaba admirado la causa de su suspensión, con nuevo espanto, volviéndose á él, le dijo:

—¿Cómo es posible, amigo y compañero, que vos me preguntéis lo mismo que habéis visto? ¿Acaso en este punto no os hallasteis conmigo? ¿No veníades á mi propio lado? ¿No os sucedió lo que á mí, ó por ventura venís tan sin sentido, discurrís tan sin ojos, sumergido en vuestro ciego amor, que no habéis visto, oído ni entendido que al pasar estas losas, estos mármoles cubiertos de



sepulcros, se han levantado con nosotros del suelo portentosamente? Yo colijo, sin duda, que si este estupendo caso se os ha pasado en blanco, ó he perdido el sentido, ó vos la vista, la memoria y el juicio.

Aquí, sin dejarle pasar adelante, con descompuesta risa, gritos y voces desentonadas, atajándole don Diego, discurrió por la iglesia, haciendo extremos tales, que cualquiera juzgara se había soltado de la cadena ó casa de los locos. Tales extremos ocasionó el asombro de su turbado amigo, con quien, volviéndose á juntar, con trisca y burla celebraba las suyas; pues nunca atribuyó su mejor acuerdo á cosa semejante, y aun pienso que hoy estuviera en igual parecer, y don García, corrido del crédito y engaño de su presunción, si, á esta hora, más sosegados y quietos, volviendo á su paseo, no se hallaran inopinadamente desengañados y aun perdidos. Porque apenas, en el mismo ejercicio y aun con la misma risa y desenvoltura, quisieron juntos atravesar la losa, cuando, al poner los pies en ella, con horrible estampido, alzándose con ellos, los arrojó como con un trabuco seis pasos adelante; y luego, sin suspenderse allí el suceso espantoso, mientras los dos se pusieron en pie, no sin horrible turbación vieron que del sepulcro se iba levantando poco á poco un hombre que, en vez de la mortaja, vestía un hábito francisco, el cual, destocando el rostro y habiendo con

sumisión profunda reverenciado á los altares y simulacros, volviéndose hacia ellos, con tremulante voz, y mirando al mísero don Diego, daba principio á las razones siguientes:

—¿Hasta cuándo has pensado ¡oh atrevido mancebo! que habrán de suspender los justos cielos el castigo y azote de tus detestables intentos? ¿Hasta cuando, con tan graves ofensas y pecados, has de irritar su tremenda justicia, teniendo juntamente lleno el mundo de escándalos, alborotada esta ciudad y cubiertos de lágrimas y miedos los ojos castos y pecho virtuoso de mi desdichada perseguida hija; pues aún no han perdonado en la prosecución de tus torpes deseos y mi afrenta hollar tus pies estas losas y mármoles, asilo de mis huesos, y por tantas razones lugar digno de mayor respeto y veneración? Vuelve, vuelve ya sobre ti, miserable hombre, antes que tu perseverancia detestable apesure el castigo, para el cual, como hoy se me ha permitido la amenaza, entonces se me cometerá la ejecución de su ira, y tú satisfarás en desgracia de Dios siglos eternos el tiempo mal gastado de tu vida.

Aquí llegaba la temerosa voz cuando sin poder el ánimo y valor de los dos caballeros escuchar más razones dieron consigo totalmente en el suelo, y al mismo punto, haciendo como al principio una reverencia humilde, aquel bulto espantoso se volvió á su lugar, cubriéndose la



losa por sí misma con tan grande estampido, que no sólo acabó de quitarles á los dos el sentido, sino que juntamente su novedad y rumor trujo al puesto en que estaban algunos clérigos y otras muchas personas de la vecindad, que hallándoles en tan triste estado, brevemente se extendió su noticia por toda la ciudad, y sin poderlo remediar asimismo á los oídos de la virtuosa y noble doña Aldonza.

#### CAPITULO LI

*Siente don Diego en sus mejores prendas el castigo del cielo, y doña Elvira comienza á gozar de mejor fortuna.*

A esta sazón, aunque se me ha olvidado referirlo, no obstante las inquietudes de su esposo, estaba la afligida señora preñada y muy vecina á dar á luz con su parto al fruto que esperaba para sosiego y paz de su casa y marido.

Mas como las determinaciones y juicios de Dios sean tan investigables y secretos, muy al contrario se dispusieron sus propósitos, siendo aquello sin duda lo que más convendría, porque apenas entendió la afligida señora la triste nueva (pues indiscretamente añadida fué no menos de que habían hallado muerto á don Diego en aquella parte) cuando rompiendo la fuerza del dolor y sobresalto lo interior del pecho, abortó un hijo, y

con tan grandes ansias y mortales fatigas, que en breves horas rindió el alma, y poco después, con general sentimiento y lágrimas de toda la ciudad, la siguió el tierno infante; que cuando el cielo empieza á enojarse y sentirse, no suelen ser menores los efectos de su ira, y así, justa, aunque desastradamente, comenzó á experimentar don Diego su espantoso aviso.

El cual, ya á esta hora (que fué el siguiente día), volviendo en sí, estaba, aunque ignorante de tal pérdida, en términos de seguir á su esposa y no en mejor su amigo, porque uno y otro, en muchos días, se levantaron de la cama, sobreviniéndoles tales accidentes, que fué milagro escapar con la vida, y más cuando entendió don Diego los daños de su casa, la muerte de su mujer y sucesor, el perdido dote y la falta de otras comodidades y conveniencias que pudieran dar al traste con su salud y aun con sus sufrimientos. Mas, como caballero cristiano, reconociendo cuerdo y humilde de adónde y por qué causa le venían tales azotes, protestando grandes encomiendas y conformándose con la voluntad del cielo, esperó mejoría y convalecencia.

Habíase en este tiempo extendido aun lo más esencial del secreto por toda Córdoba, adonde en diferentes concursos y pláticas, añadiendo y acrecentando circunstancias, se contaba con horror y general admiración; porque, aunque se pretendió encubrir por justos respetos, de donde



menos se esperaba salió en publico, y fué de la misma casa de doña Elvira, en quien no quedándose sin castigo su madre, como más culpada, le tuvo á la hora misma que á don Diego le vino, apareciéndola otra semejante sombra que la dejó no menos mortal, mas antes llena de horribles miedos y tan espantosos temores, que dieron con sus quejas, con su cura y poco ánimo al traste con el justo secreto, haciendo patente el caso, la culpa y aun su ruin determinación. Si bien tocado de más superior brazo, atendiendo don Diego al remedio y satisfacción de tan graves escándalos y quiebras, resuelto á darla, propuso á sus deudos y amigos su última voluntad, y aplaudida de todos, aunque todavía indispuerto, asignó para el siguiente día á esta junta su ejecución y el hacer notorio al mundo el remate de su amor, pues era no menos que llenar el vacío de la difunta y noble doña Aldonza con la invencible, casta y virtuosa doña Elvira.

Y así, acompañado de lo más general é ilustre de aquella nobilísima ciudad, sin dar aviso de este intento á su dama, porque quiso que la prevención y el hecho la acogiesen á una, siguió á su casa, adonde, aunque pensó hallarla en el recato y soledad que siempre, no así le sucedió; antes muy llena de alboroto, las puertas principales abiertas, la calle con cuatro coches de camino, literas, acémilas y recámara y, finalmente, el patio y corredores con muchos criados de li-

brea, alguaciles con varas, y todos forasteros y de ninguno conocidos, cosa que sobre tantos sobresaltos y penas dejó á don Diego suspendido y á su compañía en duda y confusión.

## CAPITULO LII

*Dícese la ocasión de este alboroto, concluyendo la historia con la elección prudente que la concede el cielo á doña Elvira por galardón y premio de su perseverancia generosa.*

CRECIÓ este escándalo cuando, entendida la causa se supo la verdad, pues era por lo menos venirse á casar con doña Elvira, no menos que un ministro gravísimo de uno de los más principales y superiores Tribunales de España; y no fué tan grande este cuidado ni sentido de don Diego con tan largos extremos, como cuando apoderándose el caso acabó de apearle y de saber que era su antiguo competidor el que le sacó tanta sangre del pecho y, finalmente, don Juan de Zúñiga, cuyos grandes estudios y partes traían por primicias á aquella plaza y otros acostamientos generosos del César Carlos V; con que acabando su cólera de ponerse en su punto, acrecentándola su celosa rabia, dió á los circunstantes parte de todo y juntamente de su justa venganza y resolución. Y aunque algunos quisieran que estando en tales términos las cosas se guia-



ran con mayor cordura, como el pecho abrasado de don Diego no estaba ya para admitir consejos, siguiendo el suyo, entraron en la casa de doña Elvira, que bien ajena de semejante novedad, alegre y gustosamente recibía entonces, si ya no por amor, por último remedio de sus males, al que en don Juan le ofrecía su fortuna.

Mas como aún no estaba ésta cansada de afirla, cuando pensó haberla puesto un clavo, vió en términos de perderse su casa y honra. Porque sin guardar otro mejor decoro, otro respeto, á pesar de don Juan y de toda su gente, la hizo meter en una silla; y diciendo que llevaba á su mujer, mando guiar con ella á su posada, aunque esto se hiciera no sin algunas muertes y mayor dificultad. Porque, determinándose don Juan á resistir tan descarada injuria, animado con la autoridad de su oficio, comenzaba una terrible sedición, si á este tiempo no le atajara el corregidor, que avisado de todo, y siendo un grave y prudente personaje, su blandura y respeto mitigó en don Diego, dando lugar á que su pretensión tuviese más justificación; y así, de su sentimiento, fué puesta la hermosa dama en un convento, adonde por términos jurídicos conoció el eclesiástico de la causa y sus impedimentos.

No obstante que, teniendo tanto poder don Juan, dió parte de su agravio al Consejo, que, proveyendo en ello como mejor convino, remitió orden particular para que, sin embargo de

lo actuado y escrito, el corregidor pusiese en libertad á doña Elvira, para que con ella, y sin perjuicio de los dos pretendientes, pudiese en su presencia elegir á su voluntad quién de ellos más bien le estuviese; y así, no atreviéndose el apasionado don Diego á prevertir tan estrecho mandato, perdidas totalmente las esperanzas de buen suceso, hubo mal de su grado de obedecer y asistir, aunque por cumplimiento, á aquel acto; el cual, no sin grande concurso de la ciudad, se dispuso en su casa del corregidor, donde sacando él por la mano á la honestísima doncella, allí en público la propuso la orden, y juntamente la dijo hiciese su elección; con que esperando todos los circunstantes pendientes de su boca, cubierto el rostro de virginal vergüenza, vuelta á don Juan de Zúñiga, dió principio á este breve discurso:

—Aunque en esta ocasión pudiera justamente quejarme de vuestro largo olvido y corta correspondencia, y aun del haber acordádoos más de vuestros acrecentamientos que de mis grandes persecuciones y trabajos, todavía no es mi intento, don Juan, contradecir el vuestro con semejantes causas, pues ninguna fuera suficiente ni excusara el ser vuestra esposa, á no tener delante el mayor ejemplo de amor y perseverancia que dieron los mortales, y á quien no una, sino tres veces, debo la vida, y no sólo la vida, mas asimismo por mi propia ocasión (aunque sin cul-



pa mía) la pérdida de sus mejores prendas, de su santa mujer, de su hijo y hacienda, cosas por cierto indignas de ingratitud, y por quien, con justísima causa, pudiera el mundo desestimarme y aborrecerme, si ya en términos tales yo faltase á tantas obligaciones y deudas á que vos no habéis de dar lugar por las muchas muestras, ni menos yo he de quitar á don Diego el premio y galardón que merece. Y pasando adelante sin esperar respuesta, cubiertos los ojos de aljofaradas lágrimas, abrazando á don Diego, prosiguió su oración, diciendo: Vos sí, dueño y señor mío, debéis serlo de mi alma, y á vos, en contrapuesto de todo el mundo, elegiré mi boca y obedecerán mis sentidos mientras me durare la vida.

Y sin poder proseguir, atajada del aplauso y voces de los presentes, de la vergüenza y disgusto de don Juan, de los estrechos lazos de su nuevo esposo, cesando su discurso, comenzó el de sus alegres bodas, en cuya prosecución el opuesto amante, corrido y no poco afrentado, prosiguió su jornada, y don Diego alcanzó el fin deseado de su larga y bien resistida voluntad.



## Pachecos y Palomeques.

### CAPITULO LIII

*Historia cuarta, sucedida en Toledo, con el origen y fundamento y antigüedad desta inclita é imperial ciudad.*

LA imperial ciudad de Toledo, corte y Silla real de los más esclarecidos reyes godos y, al presente, trono majestuoso del perlado mayor de las Españas, digo, de su primado cardenal y arzobispo, tienen sus fundamentos tan venerable ancianidad, que casi en ellos, por su mejor noticia, hemos de proceder más por conjeturas que evidencia notoria. De ella hacen mención bien singular Tito Livio, Tolomeo y Plinio, poniéndola en la Citerior Tarraconense y en la Provincia Carpetana; todos tres gravísimos autores, y que ilustran sus glorias, sus victoriosos triunfos y su inmortal memoria con aplauso tan digno que pudiera su sola autoridad, su respeto solo, hacerla conocida y famosa entre las más inclitas, generosas y opulentas ciudades del mundo; y